

27735

2/2-

EL HADA

DONACIÓN
L. L.

DE LAS

MEJILLAS ROSADAS

CUENTOS POR

LAURA STENGERS - HOVINE

E

ILUSTRADOS POR JÚANA HOVINE



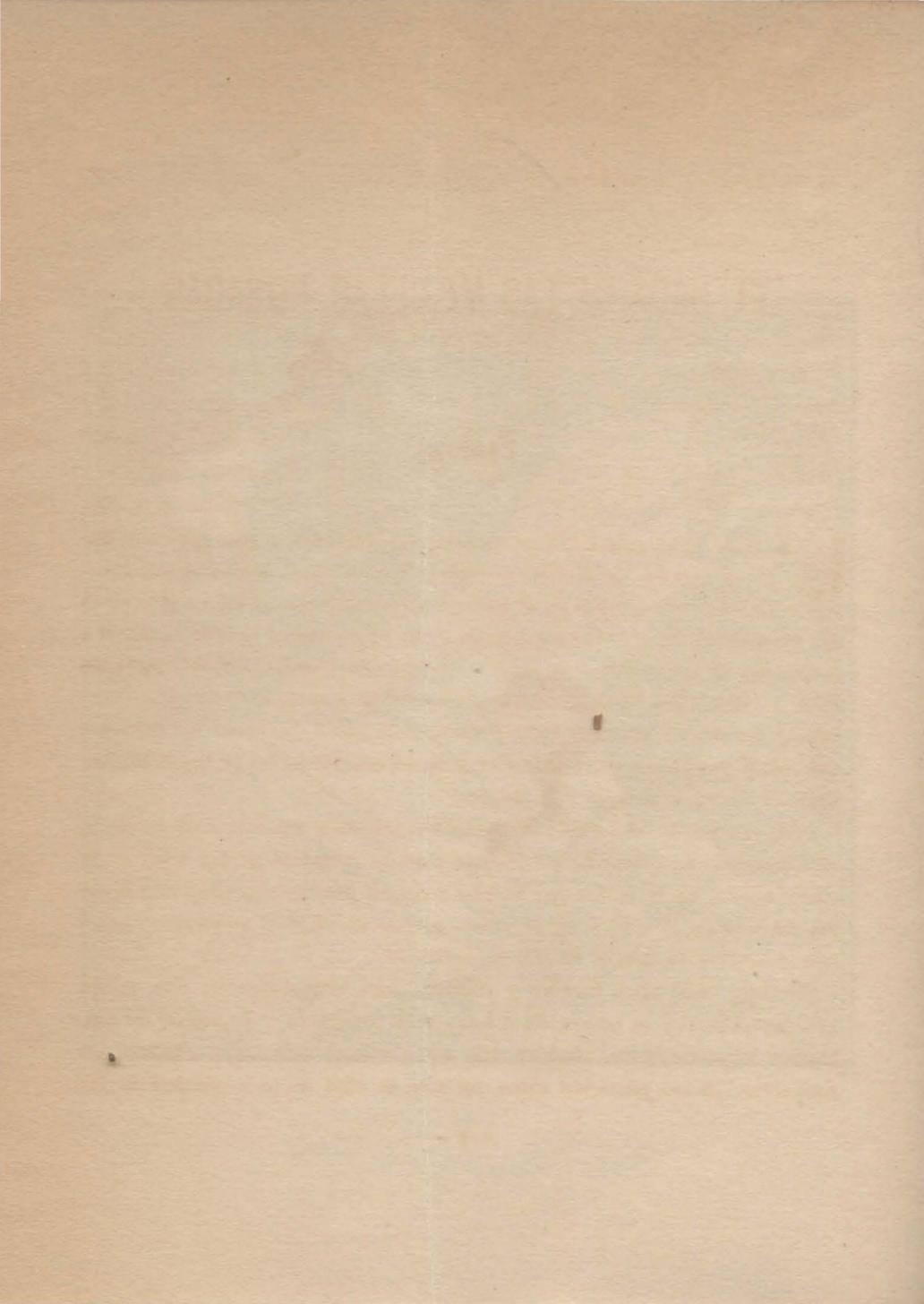
(45)

PUBLICACIÓN ORDENADA
POR EL MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

151X170





EL HADA DE LAS MEJILLAS ROSADAS

Prólogo

L A salud es no solamente un esencial valor biológico, sino que también lo es económico, estético y moral. Un ser desmedrado es un insuficiente cooperador en el trabajo universal, que es ley de vida; y es con frecuencia, un consumidor excesivo, que exige mayor contribución a los sanos; es, en principio, una fealdad y una desarmonía. Cuidar, pues, la salud y vigor físicos del pueblo, es incrementar y realzar su salud y vigor espiritual, que es decir, el sano poderío y la noble gloria de las naciones que así se capacitan para defender y hacer efectivos, en su seno, la justicia, la libertad, el bien y la belleza.

Pero esa salud debe cuidarse desde las primeras manifestaciones de la vida humana, fortificando las madres para la fortaleza de los hijos en la concepción y en la lactancia; y debe seguirse inteligente, abnegadamente ese cuidado en el niño y en el joven, porque es viejo el precepto: "árbol que crece torcido, nunca su tronco endereza".

Por eso, toda obra escolar y tutelar, debe cimentarse en una celosa preocupación por la educación física; y el predicado y la acción de Gobiernos y particulares, tendrán más éxito cuanto más acierto tengan en despertar, en los pequeños seres, no sólo la idea de la necesidad de ser

sanos, sino el gusto de buscar los medios de obtenerlo y la alegría de su consecución.

Es lo que se propuso y está realizando con un admirable espíritu apostólico la *Educational Foundation*, institución norteamericana, creada en Bruselas, a raíz de la guerra última, para salvar la vida y la salud de los niños belgas. Dicha fundación creó la *Child Health Section* (Sección para la Salud del Niño) a cargo de damas y niñas estadounidenses que invierte millones y desarrolla una actividad insuperable por el esfuerzo, el tiempo y el cariño.

“Educar la Salud” por medio de publicaciones de cuentos, comedias, episodios, juegos gratos al espíritu de los niños, es uno de los procesos tácticos de esa campaña admirable.

El folletito “*La Fée aux Joues Roses*”, “*El Hada de las Mejillas Rosadas*”, que traducimos para los niños escolares argentinos, es un ejemplo. Esperamos que será eficaz también en nuestra Patria, necesitada de estos estímulos, de estas defensas.

La vieja vendedora

EN el barrio más populoso de la ciudad, se abrió un negocio que ostentaba el siguiente letrero: “Al placer de los niños”.

Todos los rapazuelos metieron las narices ávidos de curiosidad.

—¿Qué venderán en este bello negocio, elegante y decorado con tan vivos colores? — se decían.

—¿Qué significará ese frasco lleno de un líquido azul?

Los niños agrupados en la puerta, discutían haciendo mil suposiciones, hasta que un loco y misterioso deseo se apoderó de ellos, obligándolos a entrar.

—“Sed bienvenidos, queridos niños”, dijo una vieja con voz dulce. “Acercaos, voy a servirlos”, — y corrió una cortina que había detrás de ella.

Entonces, los niños vieron una estantería llena de frascos ordenados, grandes y pequeños, que contenían licores de distinto color.

La vieja vendedora les explicó que esos frascos contenían licores deliciosos llamados: Alegría, Salud, Placer, Indiferencia, Buena cara y Buen humor.

—“Los vendo baratos. Por un sueldo, (moneda de cobre), yo les daré Placer por tres días y Salud por una semana. ¿No es esto maravilloso? Vuestros padres os

obligan a tomar leche, a comer pan negro, verduras, legumbres; yo os daré esto que es mejor. Toma, chiquilla, bébelo de un sorbo. ¿Es rico?"

—“Oh, sí, sí”, — dijo la niña después de beber — y se puso a reír, a cantar y a bailar.

—“Ved el efecto.” — dijo la vendedora. — “Seguid su ejemplo. ¿Quién quiere comprar mis ricos licores?"

—“¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!” — gritaron los niños, entusiasmados.

La vieja tomaba los frascos, los pesaba en su balanza, servía a cada niño su contenido maravilloso y luego, cuidadosamente, volvía a alinearlos en la estantería.

Era hermoso ver los colores variados de los frascos: azules como el cielo, amarillos como el oro, verdes como el mar, rosados, anaranjados y violáceos.

Al día siguiente los niños regresaron al negocio de la vieja, diciendo: — “Señora, un poco de Placer.” “Señora, otro poco de Alegría”. Y luego de beber, decían en coro: “¡Hasta mañana!”

Cada día aumentaban la dosis y cuanto más bebían, sentían más y más necesidad de beber.

Vivían pensando en el feliz momento de regresar al negocio de la vieja en busca del licor de la Alegría.

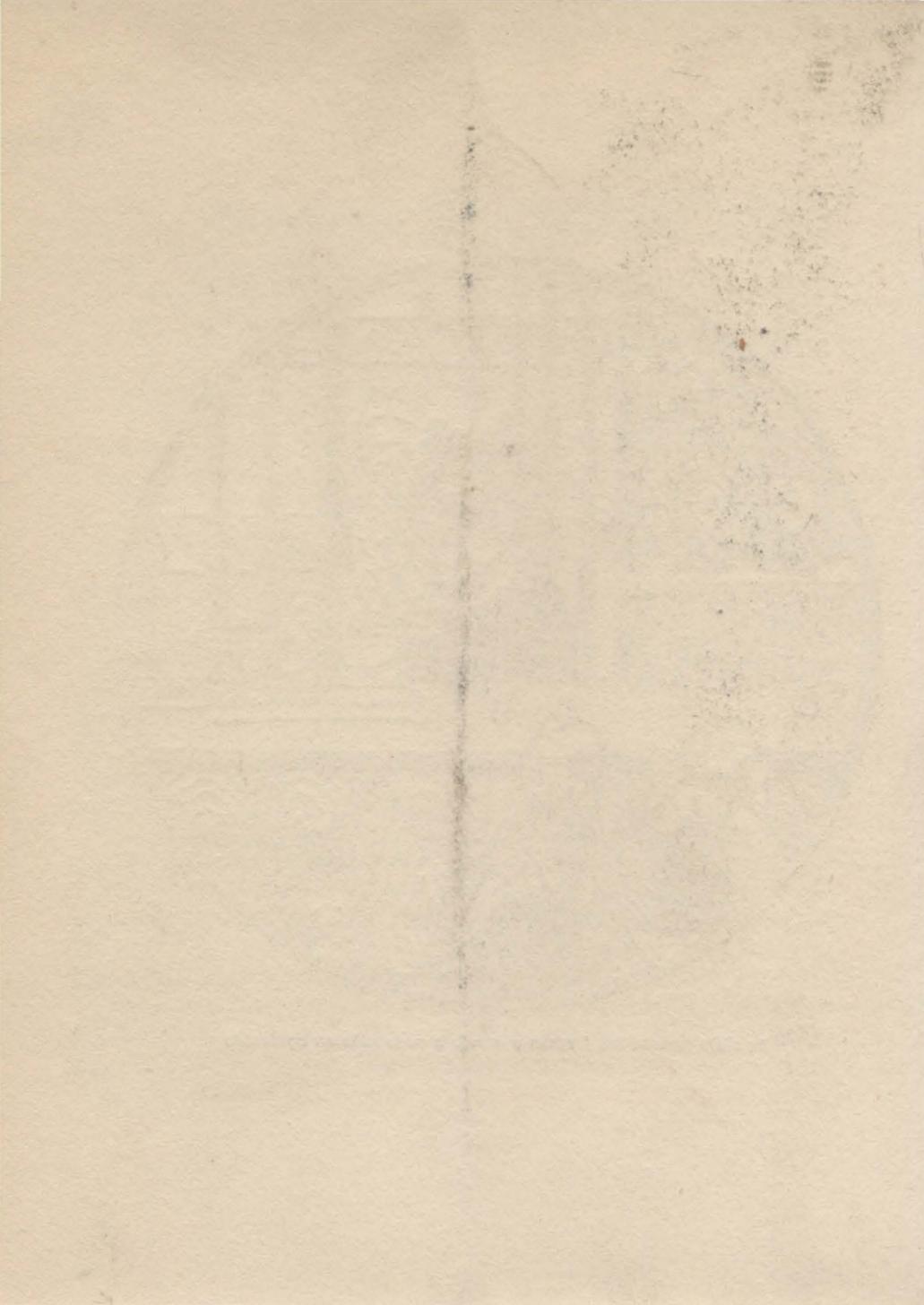
En sus casas no tomaban leche, no comían pan ni legumbres, no se lavaban la cara, creyendo que el elixir maravilloso reemplazaba, ventajosamente, todo lo que sus padres les recomendaban para la salud.

Esto duró hasta un día en que, al despertar, sintieron los niños una laxitud desconocida. La cabeza les pesaba, les temblaban las piernas y estaban tristes.

¿Qué hacer?



La vieja tomaba los frascos y servía a cada niño su contenido



Corrieron al negocio de la vieja vendedora a quien explicaron su mal.

—“Esto significa, — contestóles — que, o no beben bastante o beben de prisa o muy lentamente.

Y les dió nuevas dosis.

Sin embargo, al siguiente día, amanecieron más enfermos aún.

Algunos rengueaban, otros tosían, otros tenían la vista nublada.

Nuevamente fueron al negocio. La vieja, mofándose de ellos, les decía: — “Hay que beber, beber y beber para curarse.”

Los pobres niños empalidecían, adelgazaban, perdían la salud, sin poder sospechar sus padres la causa del mal.

Una tarde, reuniendo las pocas fuerzas restantes, llegaron rendidos “Al placer de los niños”.

Los frascos estaban fuertemente cerrados, la estantería no brillaba como siempre con sus luces y colores, el negocio estaba a oscuras y un aire frío penetraba desde la calle.

Por primera vez observaron los niños, que la vieja tenía cara de bruja con la nariz puntiaguda.

—“¡Señora, señora, — suplicáronle — cúrenos usted! ¡Eramos tan felices antes, y mire ahora cómo estamos todos enfermos! ¡Cúrenos!”

—“Bueno, entrad,” — díjoles la vendedora con una voz que les hizo temblar de miedo.

Tomó un frasco que tenía debajo del mostrador, dentro del cual había un líquido negro, desconocido por los niños.

Estos, miedosos, acercáronse uno a otros.

—“Dadme vuestros frascos”, — dijo burlona...

Iban a obedecer los niños, cuando el piso tembló, se iluminó el negocio y apareció de pronto una criatura maravillosamente bella.

¡Era un hada! Su expresión era dulce y serena.

La vieja vendedora, al verla, dió un grito de rabia.

El hada, acercándose a los niños, les dijo: — “¡Pobres, pobrecitos! Esta bruja les ha hecho mucho mal. ¿Por qué escuchásteis a esta vieja de nariz puntiaguda? ¡Tened cuidado! Cada uno de sus consejos es para perderos, porque os detesta de corazón. ¡No la escuchéis jamás! Yo soy vuestra gran amiga y mi compañero, Joyouset, — les dijo señalando un chico regordete y mofletudo. — quiere mucho a los niños.

El hada de las mejillas rosadas quitó de un tirón la cortina del aparador donde estaban los frascos tentadores.

Ya no había, en ellos, licores, sino un espíritu maligno, que gesticulaba grotescamente y que ante la presencia del hada, desapareció.

Luego, volviéndose hacia la vieja, le dijo presentándole el frasco negro: “Bebe de este veneno; tu serás la única enferma; ese es tu castigo.”

Subyugada, la vieja bebió el licor de un trago y alejóse gimiendo de dolor.

El hada de las mejillas rosadas, dijo a los niños: — “Pobres inocentes que escuchásteis los consejos de la Ignorancia, voy a curaros, pero es necesario tiempo y paciencia. Mientras tanto, juradme que obedeceréis a vuestros padres y que seguiréis mis consejos.”

Y tocando la frente de cada niño con el extremo de su

varita mágica para comenzar su curación, agregó: —
“Ahora, idos de aquí.”

Apenas los niños salieron a la calle, “Al placer de los niños”, desapareció bajo el suelo, quedando en su lugar, sólo un montón de tierra quemada, escombros y cenizas.

Buenos Aires, Enero 20 de 1926.

Fridolaine

VOY a contaros cómo Fridolaine, gracias a los beneficios del aire puro, se convirtió en una niña de mejillas rosadas.

La mamá de Fridolaine era rica y vivía en un castillo, en medio del campo.

Todo lo que ella tocaba y usaba, era de oro o de plata, porque amaba las cosas lujosas.

Mujer orgullosa, vivía retirada del mundo con su hijita de ocho años a quien cuidaba como un frágil bibelot.

La colmaba de regalos, tratándola a cuerpo de rey y le perdonaba sus caprichos, pues la quería con un afecto celoso, lleno de temerosa superstición.

Temblaba siempre por su hija. Pensaba que el sol, el aire, la lluvia, el viento del Norte, del Sur, la luz, la obscuridad, todo podía perjudicarla.

Llenábala de advertencias: “Fridolaine, quítate del sol que te dará dolor de cabeza.” “Entra, ¿no ves la lluvia?” “No mires tanto el arco-iris; puedès marearte.”

¿Creéis, por ventura, que con tantas precauciones y cuidados, la niña era fuerte y sana? No; era pálida, delgada y tenía carita de sufrimiento.

Sus hermosos trajes, tan cargados de adornos, la

afeaban en vez de ataviarla. Sola, caminaba por los corredores, salones y terraza de su gran palacio. Hablaba poco; no reía nunca; su paso era silencioso. No podía subir las escaleras sin apoyar, en la baranda, su mano pálida, demasiado cargada de anillos.

A la hora de acostarse, decíale a su mamá: — “Mamá, tengo demasiada ropa en la cama; quisiera abrir un poco la ventana para ver el cielo azul y las estrellas. ¡Déjame dormir con la ventana abierta!”

— “¿Estás loca, pequeña? ¡Tú deliras! El frío y la humedad traen malas consecuencias, y yo quiero tenerte al abrigo del resfrío y de las enfermedades. Eso está bien para los pobres que no pueden comprar ropa de abrigo, no para tí que eres rica y que no te faltará nunca nada!”

Después de cerrar herméticamente las ventanas y correr las cortinas, salía de la habitación de su hija.

Fridolaine se dormía lentamente; no tenía, nunca, sueños bellos; parecía que las paredes la apretaban y que se ahogaba; que alguien le susurraba al oído: “Ven a ver el cielo puro de la noche; ven a respirar el aire embalsamado; el ruiseñor canta en las acacias...”

La niña quería levantarse, pero seguía clavada en la cama.

Por las mañanas se levantaba lánguida, sudorosa, con las manos húmedas.

Veía por las ventanas cerradas, la sombra de las hojas que jugueteaban con el sol; oía los gritos de otros niños y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Miraba su regio traje, sus zapatos de tacones altos,

que no le permitían correr ligero; sus alhajas... y se tapaba la cara para no verlos.

Una noche, por milagro, tuvo un hermoso sueño, y se lo contó a su mamá.

—“¡Oh, mamá! Escucha: una hermosa hada vino a visitarme y me dió la mano. Traía un gracioso niño que llevaba en sus alas transparentes y en sus cabellos, coronas de margaritas. El hada vestida de blanco, con un traje flotante, vaporoso, parecía una mariposa. Sus ojos eran vivos y su voz clara. Me habló de un país lejano, maravilloso, adonde quería llevarme, y me acarició dulcemente.”

—“Querida, has tenido un sueño raro; olvídalo, — le dijo la madre medrosa; — y ojalá no vuelva a repetirse.”

La niña no replicó, entristecida, y, desde entonces, empezó a adelgazar; dos profundas ojeras rodearon sus ojos.

Un día de fin de primavera, salió al parque.

Había humedad, las flores del castaño cubrían el suelo y a cada ráfaga de viento, caían otras nuevas.

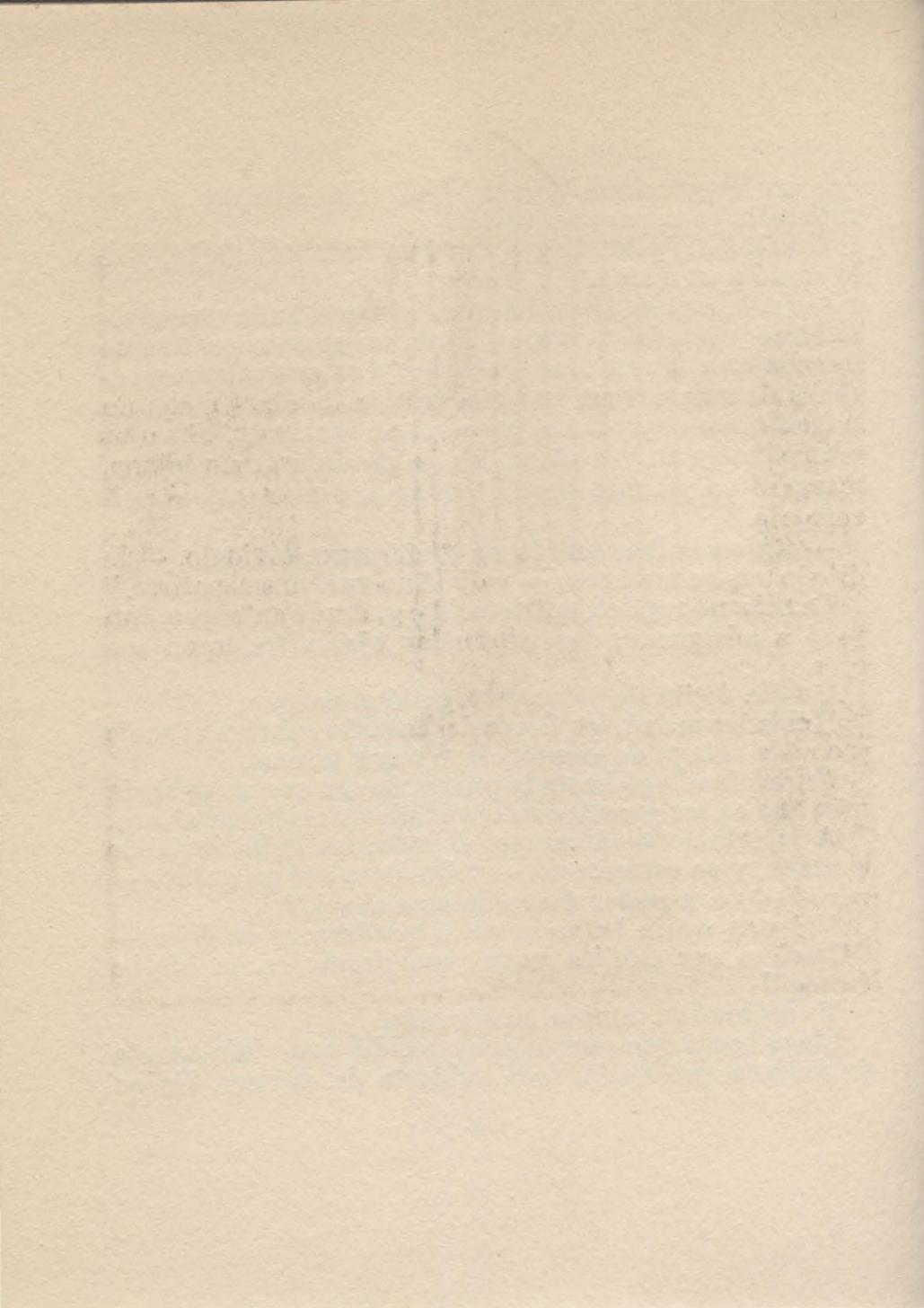
Fridolaine llegó hasta la puerta de oro que no se abría más que en las grandes solemnidades y midió su altura.

A lo lejos, vió el campo abierto; un gallo invisible cantaba, y se estremeció. — “Quisiera ser un gallito — pensó — para poder desgañitarme al sol.”

Vió una oveja balando en la pradera, y se dijo: — “Quisiera ser ovejita para regocijarme en la hierba fresca.”

Y continuó su camino, suspirando.

Llegó hasta una puerta desconocida, una vieja puerta de madera apolillada, toda cubierta de espinas. En su





Fridolaine llegó hasta la puerta de oro

cerradura enmohecida, había una pequeña llave de oro, cincelada, que la acción del tiempo había respetado.

Fridolaine estuvo largo tiempo mirando la puerta y mirando la llave. Una vez, posó su mano en la cerradura, pero la retiró ligero, asustada de su propio ademán.

*

* *

Durante varias noches tuvo sueños fantásticos.

Siempre trataba de convencer a su mamá para que abriera las ventanas; pero nunca lo consiguió.

Una noche, volvió el hada de las mejillas rosadas y de los ojos claros, con el pequeño de las coronas de margaritas.

Hablóle nuevamente del país maravilloso, adónde quería llevarla y le dió una llave de oro, diciéndole:

—“Mañana, al alba, tú saldrás del parque y te llevaré al País de la Salud, pobre niña enferma. Tu mamá no se entristecerá, porque dormirá mientras dure tu ausencia.

Fridolaine despertóse al amanecer y se sentó en la cama alucinada aun con su sueño.

A su lado vió algo que brillaba. Era la llave de oro.

Tomóla llena de felicidad.

En la indecisa claridad del alba, se deslizó por el camino, siguió por los castaños y llegó a la puerta de madera y la abrió.

Luz clara, voces agradables, risas, mariposas, alegrías, y un carro ligero que la llevó al País de la Salud. Tal fué el viaje de Fridolaine.

Pasó un mes entero en una casa clara, bebiendo leche pura, comiendo pan, huevos frescos, legumbres y frutas y divirtiéndose con muchos compañeros de juegos.

De noche, el hada misma, abría la ventana y el aire delicioso entraba acariciando la frente de la niña, que se dormía sonriente y feliz.

Se sentía dichosa, rodeada de amiguitas. Una vez se miró al espejo y no se reconoció. La salud habíala cambiado.

El hada le dijo una mañana: “Puedes regresar a tu casa y despiertas a tu mamá que duerme desde que te fuiste de su lado. Le dirás que el aire puro y el hada de las mejillas rosadas, te sanaron.”

Fridolaine regresó al castillo. Su mamá despertó y al no reconocerla dijo: — “¡No, no, tú no eres mi hija! Me robaron mi Fridolaine y me pusieron otra en su lugar mientras yo dormía. Tú no te pareces nada a mi hija con ese traje de muselina. ¡Vete, no eres mi Fridolaine!”

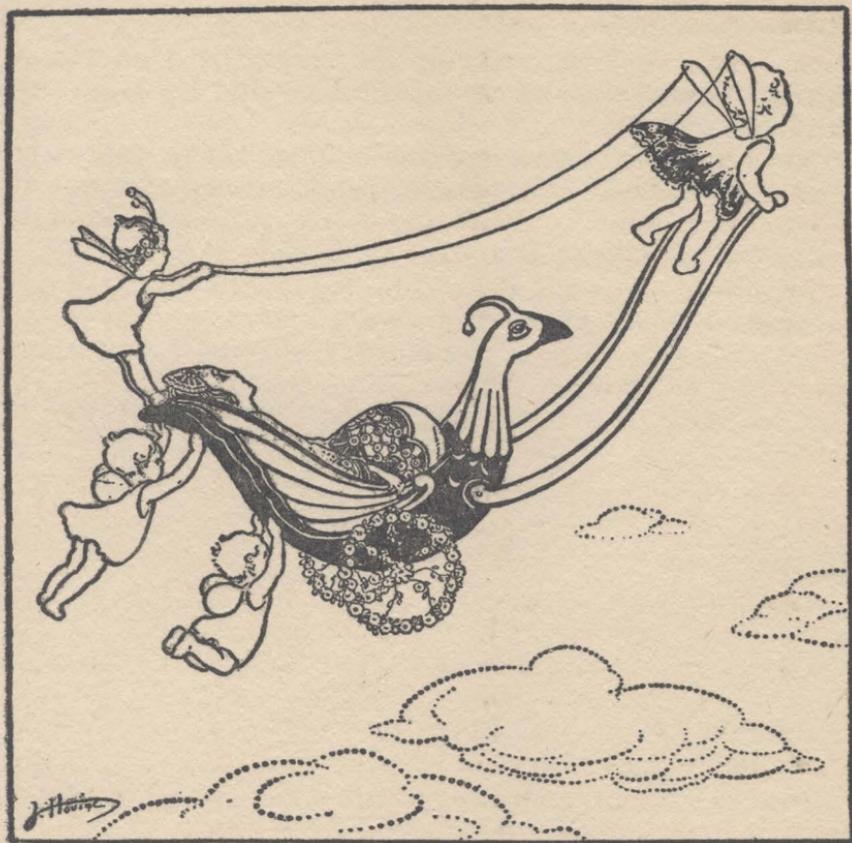
Mientras la madre hablaba, se produjo un extraño fenómeno. Fridolaine empalideció y adelgazó rápidamente, volviendo a ser la niña enfermiza de antes.

La madre al reconocerla, se deshizo en lágrimas y arrodillada, imploró al hada de la salud.

Oyóse un ligero ruido en la puerta. La niña corrió a abrir. Y vió un pequeñuelo vestido de blanco, con una corona de margaritas. Entró sonriente y dijo: — “Vengo de parte del hada. ¿Me reconoces? Ven...”

Joyeuset, subió a un taburetillo y con su índice regordete, tocó las mejillas de la niña. Al instante, Fridolaine se transformó en fuerte y vigorosa.

La madre, agradecida, preguntóle a Joyeuset qué podía hacer por él.



.... y un carro ligero que la llevó al país de la Salud

—“Prométeme seguir los consejos del “hada de las mejillas rosadas” — le dijo. — Y la mamá prometió sin vacilar.

Joyeuset abrazó a su amiguita, prometiendo volver pronto a verla y voló por la ventana.

Desde ese día, el carácter de la mamá de Fridolaine cambió. Desapareció su orgullo y se preocupó por todos los niños de los alrededores, reuniéndolos en su casa para enseñarles los sabios consejos del “hada de las mejillas rosadas”.

Todas las noches abría las ventanas del dormitorio de su hija, diciendo:

—“Entra, entra, gentil aire puro, tú que diste la salud a mi querida Fridolaine.”

Buenos Aires, Enero 21 de 1926.

La huerta milagrosa

UN campesino vivía con su mujer y sus doce hijos, en una linda casita, a cuyo frente había un gracioso jardincito, alegría del camino. Detrás se hallaba la huerta.

Buenas legumbres brotaban de esa tierra generosa que Martín — su propietario — cuidaba con amor.

Desde el alba se le veía trabajar, sembrando, plantando, cavando o escardando, y siempre cantaba feliz.

Cuando veía lucir el sol en sus repollos rojos, bellos y grandes, brillantes de rocío o cuando la brisa agitaba el follaje ligero de las zanahorias, una sonrisa iluminaba su faz rubicunda. “Las legumbres, decía frotándose las manos, son la salud de mis hijos.”

En efecto, sus doce rapazuelos, varones y mujeres, eran robustos, gallardos... una maravilla de criaturas.

Los mayores ayudaban al papá en sus trabajos. Martín, solía decir, tanteándoles los biceps: — “Es el fierro que contienen mis buenas espinacas, el que forma estos brazos sólidos.”

El primogénito tenía doce años y el último recién empezaba a caminar solo, y ya enloquecía de gusto cuando conseguía tomar un guisante del plato de los mayores.

La bruja de la nariz puntiaguda, la mala ignorancia,

tuvo noticias de la felicidad de Martín y decidió tomar cartas en el asunto.

Corrió a casa de un conejo albino que era conocido por lo bruto, haragán y perezoso. Este no se atrevía a salir nunca, porque era blanco y temía llamar la atención de los cazadores. Vivía solo y casi muerto de hambre.

Cuando hubo llegado, la bruja pronunció la palabra fática: “tachurochumochuturatuchú”, y se tocó la nariz con el índice. Enseguida buscó entre los yuyos, hasta que encontró al conejo que, con aire pensativo, roía una vieja ración.

—“¿Qué piensas, mi querido amigo?” — le dijo en lenguaje conejil.

Sorprendido, el animalejo quiso huir, pero no pudo porque estaba en el deslinde y se contentó con abrir bien grandes, sus ojos de alucinado.

—“¿No me reconoces? Soy tu vecina del año pasado,” — agregó la bruja.

—“Tengo miedo”, — murmuró el conejo blanco.

—“¿Verdad? ¿Y por qué?”

—“El camino me fatiga.”

—“¡No! Bien conozco tus razones: eres blanco y te mes salir.”

—“¡Pero tú eres bruja!” — dijo temblando el conejo.

—“Puede ser. En todo caso, vengo a proporcionarte un negocio. ¿Te agradaría tener la piel color tierra?”

—“¡Oh! sí, sí”, — contestó el conejo, brillándole los ojos de envidia.

—“Bien; escucha: cerca de aquí, hay una huerta que pertenece a un hombre que yo detesto. Mañana al salir

el sol, es preciso que la huerta esté destruída. Hay repollos, zanahorias, espinacas, lechugas, nabos, cebollas y también mejorana. ¿Qué dices, Jeannot goloso? Sal ahora mismo; ya es de noche, vete a la huerta y mañana regresaré para ver el trabajo terminado, dándote como recompensa, una piel color tierra ¿Aceptas?”

—“¡Nunca podré comer toda una huerta!” — replicó el conejo blanco.

—“Toma, esta píldora te dará un apetito monstruoso. ¿Aceptas?”

—“¡Sí, sí! — dijo el conejo sin vacilar; — pero nada me prueba que cumplirás tu promesa.”

—“Aquí tienes la muestra” — díjole la hechicera. Pasó sobre una pata del conejo su dedo, y la pata quedó color tierra.

—“Ahora prometo” — dijo el conejo encantado. Y como tenía mucho apetito, se fué a la huerta de Martín.

Toda la noche la pasó comiendo legumbres frescas. Cric, cric, cric, hacían sus dientes roedores y afilados, mientras con las uñas raspaba furiosamente el suelo, para arrancar las últimas raíces.

La hermosa huerta socavada presentaba el aspecto de un campo de batalla. A medida que el conejo blanco comía, su vientre se redondeaba.

A media noche, sintió un peso en el estómago, y se detuvo un rato a descansar; estaba sudando.

Mientras reposaba, vió a la luz de la luna, un niño vestido de blanco, que desde el seto lo contemplaba.

No se inquietó; al contrario, se sentó más cómodo, pues no temía a los niños sino a los hombres.



Un campesino vivía con su mujer y sus doce hijos

El pequeñuelo partió corriendo y se perdió en la sombra. Un gallo cantó en una quinta cercana. El conejo blanco tenía miedo de no terminar su tarea. Faltábale aún tres planteles de zanahorias, uno de lechuga y algunos de mejorana, que reservaba como postre.

Adelantándose, empezó de nuevo a roer; su vientre casi llegaba al suelo.

Mientras tanto Joyeuset volaba en busca del hada de las mejillas rosadas; sus pequeñas alas, agitándose de prisa, lo llevaban ligero. Entró por la ventana abierta de la habitación donde dormía el hada y la despertó anhelante, contándole su descubrimiento.

Los dos regresaron rápidamente a casa de Martín. El conejo blanco acababa de roer la última legumbre.

Tumbado en el suelo, con los ojos entrecerrados, las patas levantadas y con su vientre enorme que parecía un globo, no podía hacer ningún movimiento, sino comer y comer. Después de tragar el último bocado, sus mandíbulas se movían por costumbre.

El hada blanca lo tocó con su varita. Y entonces gimió lastimeramente, diciendo: “¡Basta, basta!”.

—“Conejo estúpido, — díjole — ¿cómo no comprendes que eres juguete de una hechicera? Vamos, levántate y devuelve a ese pobre hombre todo lo que le quitaste.”

El conejo se levantó perezosamente y lloriqueando, dijo: — “Me duele el estómago.”

—“No importa, obedéceme rápido antes de que llegue hasta aquí la bruja” — e hizo una seña misteriosa delante de su hocico.

De la boca del conejo salió un hermoso coliflor, que se plantó ahí cerca; después una zanahoria que se clavó en

el suelo, luego lechugas, porotos, nabos y todas las legumbres que volvieron a quedar sembradas.

La huerta se reconstruyó poco a poco. Y, cosa rara, las legumbres salían de la boca del conejo frescas e intactas como si fueran vivificadas por el rocío.

De tiempo en tiempo, el hada golpeaba las manos apurando al conejo, y éste, miedoso, se apresuraba a volver las hermosas legumbres.

Su vientre se deshinchaba progresivamente.

Al fin, el sol apareció en el horizonte y los primeros pájaros cantaron.

En la casita se levantaron también. Las caritas risueñas de los niños, aparecieron en las ventanas; se oía la voz de la madre diligente y el ruido del molinillo del café.

—“Falta, aún, un tomate y dos apios” — dijo el hada.

El conejo hizo el último esfuerzo, restituyéndolo, y se fué sin pedir el pago.

El hada de las mejillas rosadas y su compañero, vieron entonces, avanzar a la mujer mala de la nariz puntiaguda.

Venía a contemplar su obra destructora.

El enojo y la rabia la ahogaron en presencia de la huerta lujuriente de vida y colorido.

Levantó los brazos al cielo y abrió la boca como si quisiera tragar el sol.

—“¡Vete de aquí, malvada! — le dijo el hada. — Tu lugar no es éste, donde reina la alegría de vivir. Quisiste privar a Martín, su mujer y sus hijos, de sus legumbres y arruinarles su salud floreciente. Por este



Era el Hada de las Mejillas Rosadas y su compañero Joyeuset

daño, te condeno a tener olor de cebolla en la nariz durante un mes y que te lloren los ojos. — Y la tiró por tierra, en el camino.

En ese momento aparecía en la huerta Martín, alegre, frotándose las manos, y gritó a su mujer: — “Ven a ver las legumbres, ¡están soberbias! Estoy seguro que anoche cayó una lluvia bienhechora.”

Buenos Aires, Enero 22 de 1926.

Boulottón

DE la raza de ogros desaparecida, sólo quedaba un sobreviviente. Era un ogro enorme, terrible por su glotonería y ferocidad.

Habíase comido millares de niños y como se disponía a seguir comiéndolos, para festejar el centenario de su nacimiento, se puso en busca de sus pequeñas víctimas.

En la campiña de los alrededores, escaseaban los niños, después de tantos años que el ogro glotón andaba por esos lugares.

Inspeccionó todas las casas, desde la cueva hasta el granero, los jardines, las calles, y fué inútil, no encontró ningún niño.

Decidió ir a buscar su presa a la ciudad.

Quitóse sus habituales prendas de vestir, que eran rojas y se puso un traje de viaje color gris acero.

En la ciudad, Boulottón se hizo pasar por director de un pensionado. Detenía a los niños en la calle, ofreciéndoles maravillas: no trabajar, jugar siempre, aire puro, alimentación abundante y muchos paseos.

Los persuadía que debían seguirlo, asegurándoles que sus padres estaban de acuerdo en que fueran enseguida. Cuando reunió una treintena de rapazuelos, creyó conveniente regresar a su casa.

Pagó la cuenta del hotel y grande fué la sorpresa del hotelero, al ver partir a aquel gigante, con un regimiento de niños.

A la mañana siguiente, Boulottón colocó a los pequeños a lo largo de las paredes de su cocina y los examinó uno por uno, tanteando un brazo aquí, una pierna allá.

—“¡Vean los niños de la ciudad! — exclamó de mal humor. — Delgados, pálidos, sin músculos.” Y en su despecho, pensó mandarlos de nuevo a sus casas, cuando una voz lo llamó desde la pieza vecina.

Alguien estaba allí, junto a la ventana.

El ogro refunfuñó: — “¿Quién eres? ¿Qué haces en mi casa?”

Suavemente, la voz replicó: — “Vengo a ayudarte, Boulottón. Soy Ignorancia, la bruja de la nariz puntiaguda. Siempre te he querido sin conocerte y me regocijaba cada vez que te comías un niño. Estos que trajiste de la ciudad, no son gordos, lo reconozco, pero... no los devuelvas a sus casas: te daré un método para transformarlos. Escucha: he descubierto un gran secreto del hada de las mejillas rosadas. En poco tiempo, gracias a él, estos rapazuelos serán fuertes y estarán apetitosos... Te daré el secreto si no me comprometes; no vayas a traicionarme porque temo la cólera del hada.”

—“No te traicionaré, — prometió Boulottón. — Pero, habla pronto, pronto.”

—“Bien; te lo diré. No puedes imaginar lo feliz que me siento, jugándole esta mala partida a mi enemiga. He aquí el secreto: Es necesario dar a los niños mucha leche. En el desayuno, en las comidas, en las sopas; siempre que puedas, dales leche, mucha leche. Algunos

preferirán el café negro, pero, ten cuidado: no te conviene. Sigue mi consejo y cuando los niños estén gorditos, frescos y rosados, invítame al festín del centenario de tu nacimiento. ¡Hasta pronto!”

Dicho esto la bruja desapareció.

Al día siguiente, Boulottón compró varias vacas que él mismo ordeñaba.

Daba a los niños leche pura, a la que bien pronto le tomaron tanto gusto, que ellos mismos pedían más; luego de darles nueva ración, los hacía jugar al aire libre, para que, nuevamente, tuvieran más apetito.

En pocos días los rapaces engordaron; sus mejillas se sonrosaron y en sus ánimos, retozaba una dicha hasta entonces desconocida por ellos.

Todos se felicitaban del buen régimen de la pensión.

*
* *

Una mañana, el ogro tomó su pluma de pavo, y escribió a la mujer de la nariz puntiaguda:

“Querida amiga:

“Tengo el honor de invitarla al festín que daré mañana en mis salones, para festejar el centenario de mi nacimiento.

“Espero que el menú le gustará.

Boulottón.”



—Soy Ignorancia, la bruja de la nariz puntiaguda

Un niño curioso, que estaba escondido en el cuarto, sin ser visto, leyó la carta por sobre el hombro de Boulottón, y contó a sus compañeros que les servirían una gran comida.

*
* *

Aquel día, el hada de las mejillas rosadas hacía su recorrido por la ciudad, cuando le contaron la desaparición de los niños.

Enseguida pensó ella en Boulottón, a quien no había podido vencer hasta entonces. Nadie más que él podía haber raptado los niños.

Rondó por su casa y, en efecto, allí los vió jugando en el jardín, bajo la mirada del ogro.

Se le apretó el corazón.

Al entrar a su casa, de regreso, el hada llamó a Joyeuset, y le contó todo.

—“Ten coraje, querida hada; nosotros los salvaremos. Yo te llamo siempre que te necesito; esta vez déjame hacer a mí.”

Joyeuset fué a casa del ogro, escondió su túnica y sus alas y llamó a la puerta. Díjole que venía de la ciudad y que se había perdido en el camino.

El ogro le invitó a pasar la noche en su casa.

—“Justamente, — le dijo — mañana tengo una gran comida y serás de los nuestros.” Mientras hablaba, no le quitaba los ojos de encima, pensando en su convidado y se decía: “Uno más, ¡y qué gordito!”

Joyeuset se mezcló con los niños, quienes le hablaron del buen trato y la excelente comida que se les daba.

Al día siguiente, a las once, entró la bruja de la nariz puntiaguda. Venía muy paqueta y lucía todas sus alhajas en honor de tan fausto día.

El ogro habíale preparado un regimiento de cacerolas en la cocina. El horno estaba rojo.

Hizo venir a los niños y en presencia de su huésped les miró la cara, maravillado de sus bellos colores.

—¡Oh, es que les doy buena leche!” — dijo guiñándole un ojo a la hechicera.

Luego cambió de tono: “¡Basta de juguetes! ¡pasemos a la parte seria!”

Y tomando un cuchillo que había estado afilando, soltó una gran carcajada.

Recién comprendieron los niños que iban a ser comidos y se arrojaron a los pies del ogro. La vieja, arrinconada, se reía del miedo de los niños.

Entonces avanzó Joyeuset: —“Quiero ser comido el primero, pero, déjame antes, hacerte una pregunta, ogro: ¿Tienes pimienta para condimentar una comida digna de tí?”

—¡Es verdad! — contestó el ogro. — ¡Qué lástima, no tengo pimienta en casa!”

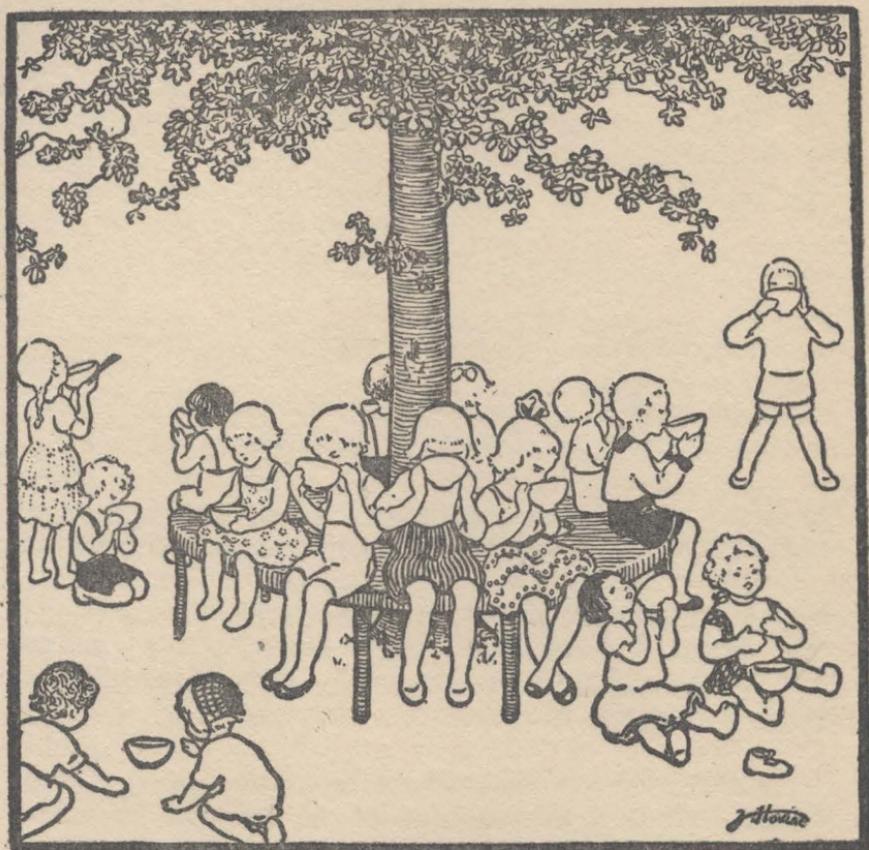
—¿Cómo que no tienes? Aquí está, — replicó Joyeuset tirándole una bolsita.

En el momento que se agachaba para tomarla, Joyeuset le tiró la pimienta en los ojos.

Boulottón dió un grito de dolor y de rabia.

Estornudó estrepitosamente y quedóse ciego.

Pero, Joyeuset no contaba con la bruja de la nariz puntiaguda. Como una furia cayó sobre él para maniatarlo de pies y manos.



Todos se felicitaban del buen régimen de la pensión

—“¡A mí! — gritó el niño. — ¡A mí, hada de las mejillas rosadas!”

El techo se levantó y al entrar el hada vió un espectáculo increíble. Boulottón rodaba por el suelo, estornudando y gimiendo. Joyeuset se debatía en los brazos de la bruja, que estaba rodeada por todos los niños, quienes la pinchaban y pellizcaban y querían derribarla.

La bruja, al ver al hada, gritó: “¡Estoy perdida!” Y dejando a Joyeuset, salió corriendo por el campo, diciendo: “Patitas para que te quiero.”

Los niños saltaron de alegría y rieron de corazón viéndole huir.

Mientras tanto, el ogro, estornudaba y tenía los ojos enrojecidos.

Avanzó el hada y como éste no podía verla, tocó fácilmente con su varita mágica el cuchillo, reduciéndolo a cenizas.

Privado de su arma, Boulottón tembló e imploró al hada: “No me hagas daño, Hada de las mejillas rosadas; ¡perdóname!”

Ella sin responderle, indicó una de las cacerolas más grandes, y con tono que no admitía réplica, le dijo:

—“¡Entra ahí!” — y le tocó la piel con la varita.

Como si fuera una tripa de buey, el ogro cayó en la cacerola.

Se le oyó estornudar violentamente por última vez.

Subieron las llamas, lo envolvieron y al rato quedó carbonizado.

Así murió el último ogro y con él quedó extinguida totalmente, su raza maldita.

El hada y su compañero llevaron a los niños a sus casas, a quienes sus padres recibieron con grandes muestras de alegría.

Siempre recordaban el terrible horror que sintieron al estar tan próximos a la muerte.

Se reían pensando en la muerte del ogro y en la huída veloz de la bruja de la nariz puntiaguda.

Ellos se decían: “Aun de lo más malo hay que reconocer lo bueno”. Y como la aventura les había hecho gustar la leche pura, la tomaban siempre para seguir los consejos del Hada de las mejillas rosadas.

Buenos Aires, Enero 23 de 1926.

El descorazonamiento del pan moreno

LOS niños no me quieren,” —suspiraba el pan moreno. — “Yo soy bueno con ellos; no obstante, prefieren el pan blanco, fresco, que no conviene a sus estómagos delicados y que no tiene tanto poder nutritivo. Ya que los niños me desprecian, voy a retirarme al campo.”

Fuése una mañana, alejándose pesaroso por el camino; por único bagaje tenía una toalla a cuadros, con la que envolvía su gran barriga, y un paquetito de manteca, con la que se engrasaba el cuerpo cuando estaba fatigado.

Eligió domicilio en un valle fresco. Hizo una casita con rebanadas de pan, con mateca y dulce; construyó las ventanas de tajadas de gelatina de manzano, de un tinte rosado, y por techo puso una empanada dorada.

Cubría el suelo como tapiz, un colchón de azúcar negra que crujía como la arena bajo los pies.

“Pan moreno” vivió feliz en el campo; cultivaba la tierra, plantaba árboles y sembraba legumbres; se levantaba temprano y se acostaba con el sol. Como había nacido y pasado su primera infancia allí, le gustaba la vida de trabajo y de paz.

Sin embargo, la soledad le pesaba y extrañaba a los niños de la ciudad. Sentía una gran amargura al recordar su desprecio.

Un domingo a medio día, fumaba tranquilamente delante de su casa, cuando oyó sonar la campanilla.

Eran el hada de las mejillas rosadas y su compañero Joyeuset que venían a visitarlo.

“Pan moreno” los recibió con solicitud cariñosa, pero un poco cohibido, pues hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie.

El hada tenía una elegante toilette de gasa blanca, cubierta de flores y una sombrilla que imitaba una cabeza de pájaro. Joyeuset, diligente, giraba alrededor de ella, cuidando que sus ropas no se destrozaran y que no se lastimara el pie con las piedras.

Los recibió en el comedor.

—“Vengo a retarte, — dijo el hada levantando un dedo. — ¿Por qué abandonaste a mis niños?”

—“Ellos no me quieren...”

—“¿Lo crees? Sin embargo, ellos te extrañan y no pueden vivir sin tí. Sé generoso, perdónalos, y vente con nosotros.”

—“Buena hada; me halagas demasiado, — contestó “Pan moreno” incrédulo. — He sufrido demasiado para regresar nuevamente. Aún recuerdo las humillaciones que pasé. Si en la mesa había dos pilas de rebanadas de pan, la una del blanco y del moreno la otra, todas las manos de los niños se apresuraban a tomar pan blanco y ¡hay que ver el aire de superioridad de mi enemigo! ¡Nó, buena hada, déjame aquí! Los niños se consolarán fácilmente de mi ausencia.”



Fuese una mañana, alejándose pesaroso por el camino

Joyeuset oyó como soñando esta conversación, dejó el hada y se fué en misión de paz.

Reunió a todos los niños de la ciudad en un gran salón y les dió una brillante conferencia.

En el estrado no faltaba ni el botellón ni la copa de agua. Habíase preparado cuidadosamente, reuniendo cifras y datos sobre las ventajas del excelente resultado del pan moreno, explicando por qué era el mejor para el estómago y los intestinos. Contóles cómo el pan moreno renunciando a toda coquetería, consintió en renunciar a ser blanco, pero conservando los buenos elementos fortificantes y nutritivos de fácil digestión.

Los niños, convencidos de su ingratitud, bajaron la cabeza. Joyeuset les contó la tristeza del pobre despreciado, y el auditorio emocionado, lloró.

—“¡Vengan mis queridos amigos! ¡Iremos juntos a buscar a “Pan moreno” y lo traeremos!”

—“¡Sí! ¡Sí! ¡Bravo! ¡Bravo! — gritaron millares de voces infantiles.

Pero, Ignorancia, la bruja de la nariz puntiaguda, teniendo conocimiento de la expedición proyectada, se fué a ver a “Pan blanco”.

Aconsejóle apostarse a la salida de la ciudad, con dos grandes trozos de mantecada, (rebanadas de pan con manteca y mermelada), apetitosas, para tentar a los niños.

—“Verás tú, — díjole, — los golosos se abalanzarán al pan fresco, recién salido del horno, comerán hasta indigestarse y no podrán seguir el viaje.

Pan blanco siguió los consejos de la bruja y se colocó en las puertas de la ciudad, con dos grandes trozos

de mantecada, que puso a lo largo del camino, como una gran muralla.

El hada de las mejillas rosadas vió ésto desde lo alto de una nube por donde paseaba.

¿Qué hacer? ¿Su poder sería suficiente para combatir la glotonería de los niños?

Tuvo una idea. Fué a visitar al Sol, su gran amigo, bueno, cariñoso y reconfortante, y hablaron mucho. El hada bajó sonriente, feliz.

Enseguida, el Sol lanzó sus rayos más fuertes sobre el pan blanco. A los cinco minutos estaba quemado. . . .

Satisfecho de su obra el Sol se escondió detrás de una nube.

Cuando los niños salieron de la ciudad, el aire estaba caldeado y no tocaron el pan. Tenían prisa por disfrutar de la frescura del campo.

*
* *

“Pan moreno” terminaba de almorzar; sufría el calor, como lo sufren las personas de mucha barriga. Vaciando su última copa, pensó dormir la siesta, cuando oyó un rumor confuso.

¿Serían las ardillas en los árboles de la floresta vecina? ¿Serían las abejas alrededor de las flores? ¿Sería una fragua lejana?

No; porque “Pan moreno”, prestando atención percibió un ruido sordo y regular. Fué al jardín, miró alrededor y no vió nada. El rumor crecía. Una golondrina que pasó volando, gritó:

—“¡El camino, el camino!”

Intrigado, “Pan moreno” subió a un árbol y vió un espectáculo emocionante. De todas partes, de todos los caminos, avanzaba un ejército de niños.

Se distinguían, ya, las caras de los primeros, cuando el último era, todavía, un puntito en el horizonte.

¡Marchaban serios! Salían del bosque, daban vuelta la colina y pasaban el río por el vado más próximo.

Se oía claramente ruido de pasos y voces infantiles.

“Pan moreno”, lloró de emoción al comprender que los niños venían a buscarlo.

Avanzaban ya por el camino principal, y no le dieron tiempo de lavarse la cara y las manos, ni de cambiarse la toalla a cuadros, su único adorno. Los niños estaban ya en el jardín, rompiendo los helados de manzanas.

—“Y bien, “Pan moreno”, — dijo Joyeuset, entrando. — ¿Continúas incrédulo ahora? ¿Ves? ¡Todos los niños vienen a buscarte!”

—“¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ven con nosotros! ¡Vuelve, “Pan moreno”, te queremos bien!”

“Pan moreno” hizo ademán de reflexionar, para ocultar su emoción, y dijo seriamente: — “Sea”.

En muestra de reconciliación con los niños, deshizo su casa, tirando al campo las mantecadas, los dulces y los helados, hermoso obsequio para los rapazuelos. Cuando terminó el festín de golosinas, “Pan moreno” regresó a la ciudad.

¡Así entró triunfal y aclamado por todos!

Buenos Aires, Enero 24 de 1926.

El buhonero o El cepillo encantado

HABIA una vez una ciudad perdida en las montañas.

Sus habitantes, rudos y groseros, vivían en estado semisalvaje y en la miseria.

En una callejuela que conducía al campo vivían un herrero y su hija.

Sylvette era como una flor clara en esa casa negra y ahumada.

Tenía diez y seis años y se desolaba al ver que todo lo que la rodeaba era triste y sucio.

Después de comer tenía la costumbre de apoyarse en la ventana, mirando el campo. Caía la nieve; golpearon el vidrio y se apresuró a abrir. Era un viejo buhonero.

—“¡Buenas tardes, hermosa!” — díjole, entrando con la espalda doblada por el peso de una bolsa. Sylvette observó que no tenía copos de nieve sobre el gabán, ni tampoco los zapatos húmedos. La miró con ojos llenos de malicia.

—“¡Buenas tardes, hermosa! — repitió con voz melosa. — ¡Te traigo lindas cosas!” — Y desató la bolsa.

Sylvette se quedó con la boca abierta de admiración ante los objetos que estaban sobre la mesa.

Había chales preciosos, pantuflas primorosas, vesti-

dos plegados, cintas de mil colores, peines, telas y “bi-belots”.

—“¡Cómo quieres que elija — exclamó la niña — si todo es tan hermoso!”

El viejo buhonero se frotaba las manos contemplando a su compradora.

—“¡Toma, bravo hombre!” — díjole Sylvette, dándole un jarro de leche. — ¡Bebe mientras examino todo!

Tomaba cada objeto en la mano, lo palpaba y volvía a dejarlo. Cada uno le parecía el más hermoso. Ponía uno aparte y luego lo reemplazaba por otro. Deliraba de admiración; hubiera querido que el viejo buhonero se durmiera, para elegir mejor.

El tiempo pasaba; atardecía; el hombre miró el reloj. Sylvette retuvo una pañoleta con flores estampadas, un canastito de costura con cretona y un traje claro de muselina.

—“Creo que estarás contenta con la compra, — dijo el viejo con voz temblorosa, — y para agradecerte, te daré este paquetito que abrirás cuando yo me vaya. Y le entregó una cajita alargada, envuelta en papel de seda.

—“Ahora me voy. El camino es malo y debo regresar a casa esta misma tarde. Hasta siempre, Sylvette.”

La niña se asomó por la ventana, para verlo alejarse, y creyó soñar. No nevaba; el campo estaba claro y hermoso y por el camino no vió al buhonero, sino a un niño vestido de blanco, que se alejaba.

Subió a su habitación y desató el paquete misterioso.

En un estuche de vidrio halló un cepillito de pelos duros, con mango de madera.

¿Para qué serviría? ¿Qué era? ¿El buhonero se había burlado de ella?

Quizo colocar el cepillito en su estuche, cuando escapándosele de las manos, fué a meterse en un vaso lleno de agua, que estaba sobre la mesa.

Se agitó un instante y luego, volando, introdújose en la boca de Sylvette, frotándole los dientes de arriba a abajo, de abajo a arriba, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha y en todos sentidos.

Cuando el cepillo terminó su trabajo, volvió a su lugar en el vaso de agua, se agitó nuevamente y luego se quedó quieto.

Como Sylvette tenía un espejo delante, vió sus dientes blancos y brillantes, y sonrió regocijada.

Mañana y tarde se limpiaba los dientes y cuando se olvidaba, el cepillito encantado iba solo a posarse en sus manos.

La gente de la ciudad admiraba la limpieza y el cuidado de Sylvette y su escrupulosa higiene contrastaba con ellos, que eran sucios.

Todos los domingos se ponía su pañoleta y su traje plegado. Cuando cosía, lo hacía con su canastito de costura al lado, y sentíase orgullosa y encantada de todos sus útiles, recordando con agradecimiento al viejo buhonero.

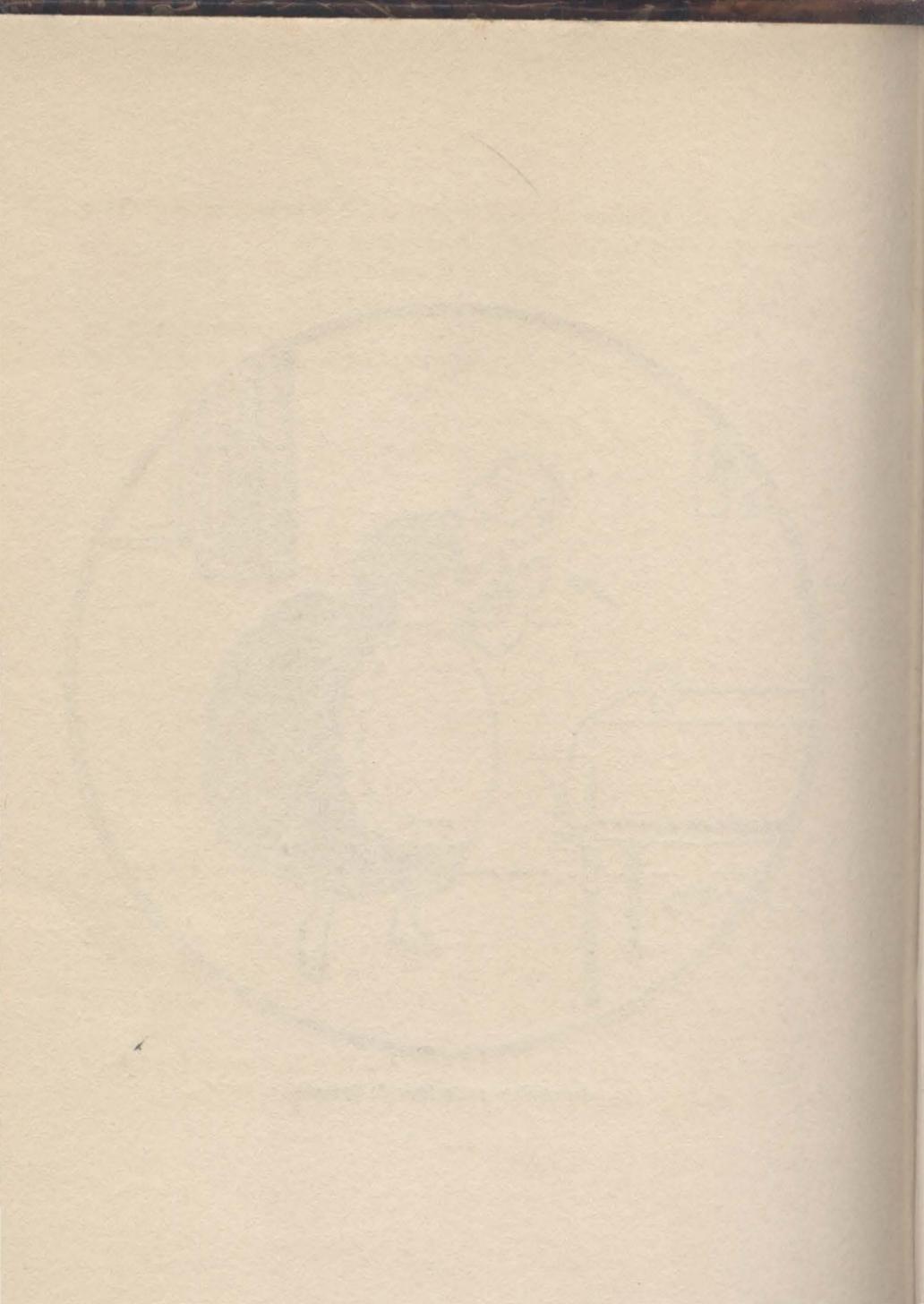
—“¿Volverá otra vez?” — se preguntaba.

Una tarde de invierno, nevaba. Sylvette estaba en la ventada, cuando golpearon el vidrio y salió a abrir.

No fué el viejo buhonero que llegaba, sino el rapazuelo vestido de blanco, que había visto alejarse en el camino.



...Introdújose en la boca de Sylvette....



Tenía una túnica blanca y sus rubios cabellos estaban adornados con una corona de margaritas.

Tenía las manos rosadas y a cada lado, dos alas transparentes.

—“Buenas tardes, hermosa” — le dijo imitando la voz del viejo buhonero, y entró muerto de risa.

Sylvette observó que no tenía copos de nieve en el traje ni los pies húmedos.

Joyeuset, subió a su taburete y besó a la niña en las dos mejillas.

—“¿ Ves? He venido, ¡pero no como tú deseabas! Yo soy Joyeuset, el amigo de los niños, el inseparable compañero del Hada de las mejillas rosadas. Sé que utilizas todos los días el cepillito que te regalé y que eres la única limpia, aquí, donde la gente es tan desaseada. Estoy contento de tí y necesito que me ayudes. Te ocuparás de los niños de la ciudad; son sucios, desordenados; no se arreglan ni se limpian bien. Cuento contigo para cambiarlos. Mira lo que te doy.”

Y vió un paquete de cepillitos de dientes y de pan-citos de jabón.

—“Tú los distribuirás mañana entre los niños.” — Joyeuset dió, además, a la niña, una miniatura del Hada de las mejillas rosadas.

—“Cada vez que tú mires el retrato, — díjole, — aun en los momentos más difíciles, te sentirás reconfortada. Esta imagen posee un encantamiento que jamás se desvanecerá.”

Hablando así, se ajustó la corona de margaritas, saltó del taburete y diciendo: “¡Adiós!” desapareció.

Al siguiente día, Sylvette puso manos a la obra. Mes a mes, se dedicaba a la educación de los niños y tuvo que vencer bastantes dificultades.

Había algunos revoltosos, rebeldes; otros salvajes. Más de una vez se sintió descorazonada, pero el retrato encantado le quitaba todos sus males.

En su pocas horas de ocio, Sylvette se quedaba en la ventana, esperando un golpecito en el vidrio, pero... nada. Joyeuset parecía haberla olvidado.

Siguió su tarea con paciencia y abnegación.

Los padres de los niños, al principio sus enemigos, dándose cuenta del adelanto de ellos, siguieron sus consejos, secundando sus trabajos.

Un día, Sylvette pudo decir que los niños de la ciudad eran "modelos"; y los invitó a un gran festín en su casa.

Como era una tarde de verano y hacía calor, Sylvette arregló la mesa en la pradera. Sobre el mantel florido había bombones, tortas de crema, largas como caminos, dulces y frutas.

Los niños, locos de alegría, se instalaron en su puesto. Los mayores ayudaban a los pequeños a sentarse, servirse y colocarles la servilleta.

Todos estaban limpios y respiraban salud. Al reír descubrían sus bellos dientes blancos.

En el momento de empezar a comer, vieron que faltaba un cubierto para el más pequeño.

—“Es curioso, — se dijo Sylvette, — yo conté bien.”

Al observar a sus invitados, lanzó una exclamación de alegría: ¡estaba Joyeuset, con su túnica blanca y su corona de margaritas!

—“Supuse que no tendrías inconveniente en que

fuera uno de tus convidados, Sylvette", — dijo, y levantó su copa de refresco, bebiendo a la salud de los niños.

El choque de las cucharas en los platos, el chis-chas de los cubiertos, produjo una batahola infernal.

Sylvette llenaba las tazas, repartía las masas, distribuía confites y refrescos: reinaba en su pequeño pueblo, y Joyeuset, de cuando en cuando, la miraba cariñosamente.

Al final de la fiesta se produjo un gran silencio. Todos los niños vieron con ojos asombrados una dama que avanzaba por la pradera.

¡El Hada de las mejillas rosadas!

Con sus cuentos e historietas maravillosas, encantó a los niños.

Terminó la tarde con juegos divertidos, en los que tomaron parte el hada, Sylvette y Joyeuset.

Cuando se fueron los invitados, éste buscó su corona de margaritas que había perdido al jugar.

El hada agradeció a Sylvette por su dedicación al cuidado de los niños y después de elogiarla calurosamente, le predijo: — "Te casarás con un hermoso muchacho y como cuidaste los niños de otros, cuidarás los tuyos propios; y no olvides de contarles la historia de "El cepillito encantado". ¡Adios, Sylvette, que seas feliz!"

En efecto, Sylvette se casó, tuvo muchos hijos y fué feliz.

Buenos Aires, Enero 25 de 1926.

